



www.loqueleo.com/ec

© 2010, Edna Iturralde

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-297-4

Derechos de autor: 035816

Depósito legal: 004621

Impreso en Ecuador por Poder Gráfico

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2010

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Enero 2016

Décima primera impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Editora: Annamari de Piérola

Diagramación: Ramiro Jiménez

Actividades: Cecilia Velasco

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

SIMÓN era su nombre
EDNA ITURRALDE

Muestra promocional
Prohibida su venta
© Santillana

loqueleo



*A mi antepasado, coronel Rafael María de Irazabal,
prócer de las gestas de la independencia
de Nuestra América.*

Índice



Tierra	10
Fuego	204
Agua	266
Tierra, fuego y agua	322
Epílogo	325
Bibliografía	330
Cuaderno de análisis	333

Tierra

Capítulo I



Mi bisabuelo, Babá Domingo, me enseñó que la vida continúa después de la muerte. Esto fue lo primero que dijo al iniciarme en las creencias ancestrales, y lo repitió antes de morir en una noche iluminada por luciérnagas, en el rancho de esclavos de la hacienda San Mateo, donde yo nací.

11

—Hipólita, hijita, no olvides que cuando los espíritus abandonan el cuerpo van a Orún —susurró con delicadeza, como si no quisiera interrumpir a la muerte. Después señaló un altar de madera con la imagen de Santa Bárbara, que también representa a Changó, el dios del rayo, y me dijo que me la dejaba de regalo.

—La necesitarás para el ritual que te ayudará a abrir el paso entre este mundo y el otro. Así podrás llamarme y yo vendré a verte y... me moveré con facilidad, estoy seguro, porque ya no me lo impedirán estas piernas viejas y necias que se han negado a caminar los últimos años —dijo con los ojos brillantes, pero no de lágrimas; en ellos había tanta alegría que sonreí mientras apretaba su mano.

Uno a uno llegaron los vecinos, los amigos y los parientes, que eran una sola cosa. Se sentaron en el suelo de tierra

y empezaron a cantar al son de pequeños tambores. Así esperamos con alegría (que teníamos que mantener oculta de la Iglesia y de los amos) a que llegara la muerte.

De Babá Domingo aprendí que Orún, el cielo principal, no solo está dividido en nueve cielos, sino que, a diferencia del cristiano, permite a los espíritus volver a la tierra para hablar con sus descendientes. A los espíritus se los conoce con el nombre de egungún, que quiere decir enmascarados. Cuando se presentan, al ser invocados, vienen envueltos con tiras y retazos de telas de colores y en su rostro llevan una máscara de malla con unos agujeritos en donde antes tenían los ojos.

Seis meses después de la muerte de Babá Domingo, cuando ya se había convertido en egungún, fui a conversar con él en un viejo cobertizo ubicado al fondo del jardín de la casa donde me llevaron a vivir. Era una tarde que yo consideraba muy especial, tan especial como la tierna criatura dormida que llevaba en mis brazos y que acosté con delicadeza en la hamaca que colgaba de la pared.

Encendí seis velas delante de la imagen de Santa Bárbara, cerré los ojos, me santigüé seis veces, terminé de decir el nombre de Changó también por sexta vez, e invoqué la presencia de Babá Domingo.

—Aquí estoy, Hipólita, hijita. —La voz de Babá Domingo silbó como el viento mientras flotaba envuelto totalmente en las tiras multicolores. Me recordó a un pájaro con las plumas despeinadas. Sentí su mirada llena de cariño observándome a través de los agujeros de la máscara.

—Lo traje en secreto para que lo conocieras, como me pediste. —Señalé a mi niño que dormía en la hamaca.

Parecía un ángel vestido con su faldellín de bautizo aquel 29 de julio de 1783. Noté que había conseguido liberar una mano de la mantilla que lo ceñía para chuparse el dedo pulgar, algo que hacía desde su nacimiento a pesar de todos mis esfuerzos por impedirselo. Así era mi niño: apenas con seis días de llegado al mundo ya lograba lo que se proponía.

—Lo han bautizado Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. Míralo, duerme como un bendito —continué entusiasmada.

—Lo veo, hija, lo veo. Es él —dijo complacido Babá Domingo—. Siempre le gustará acostarse en una hamaca, siempre. —Su voz tenía un cierto tono de admiración, como si aquello fuera una cualidad.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —pregunté sintiéndome decepcionada. La última vez que había invocado a Babá Domingo, él me había contado que el niño que estaba por nacer en aquel hogar realizaría hazañas heroicas y portentosas, justamente por ese motivo quería conocerlo.

—Ten paciencia, Hipólita, hijita, con el tiempo lo sabrás —explicó con amabilidad—. Para comenzar, que su nombre sea Simón no es ninguna coincidencia, como se podría creer, si pensamos en unos importantes antepasados blancos que también llevaban este nombre.

—¿Antepasados blancos? ¿Acaso no son todos sus antepasados blancos? —pregunté confundida.

Babá Domingo dijo que los árboles más fuertes tienen varias raíces y sin dar más importancia al asunto continuó con su conversación en relación con el nombre de Simoncito.

—Santo Simón se celebra el veintiocho del mes de octubre, Hipólita. ¿Recuerdas en qué fecha se conmemora el día de María Lionza?

—¡El doce del mismo mes! —contesté de inmediato, recordando a la diosa de la naturaleza y del agua.

Babá Domingo rio suavemente aprobando mis conocimientos.

—El nombre “de la Santísima Trinidad” tampoco es una casualidad —añadió Babá Domingo.

14 Estaba dispuesta a recordarle que la familia de Simoncito tenía una capilla dentro de la catedral llamada “de la Santísima Trinidad”, pero él no me permitió interrumpirlo.

—En este niño habitan tres elementos: Tierra, Fuego y Agua, que harán de él un ser único y especial —explicó Babá Domingo, flotando sobre la hamaca donde dormía Simoncito.

—Entonces lo llamaré Trinitario —concluí contenta—. Si mi niño lleva dentro de sí tres espíritus, bien merece aquel apodo, aunque tenga que decírselo en secreto.

Babá Domingo estuvo de acuerdo.

—En el elemento Tierra ha nacido, en el Fuego luchará y en el Agua llegará al Gran Mar Eterno... en el Agua... —Su voz se apagó.

De repente me encontré sola frente al pequeño altar. Una de las velas se había ladeado y estaba por consumirse. Yo era aún novata en cosas de los rituales, pero sabía la importancia de mantener seis luces encendidas. Pensando que la desaparición de Babá Domingo se debía a aquello, prendí otra vela con toda rapidez y la pegué sobre la cera derretida. Me preparé para volver a invocarlo

y reanudar nuestra interrumpida conversación, cuando escuché el arrullo.

*Duérmete mi niño,
mi niño Simón
que allá viene el coco
con un carretón.
Mira que tu madre
con tus hermanitos
salió a San Mateo,
salió tempranito.*

*Duérmete, Simón,
de mi corazón.*

Era la negrita Matea, que había entrado al cobertizo sin que yo lo notara. Estaba sentada en la hamaca, tenía a Simoncito en brazos y lo arrullaba impulsándose con las puntas de sus pies. Su voz de diez años se deslizaba como miel de panela por las paredes de tablas y el piso de tierra. Matea también venía de la misma hacienda, de San Mateo. Con mis veinte años recién cumplidos, al llegar Simoncito pasé a ser su nana, pues trajeron a Matea para ser la compañera de juegos de los otros tres niños de la familia.

Fui hasta ella y miré a mi niño. Pensé en lo que acababa de decir Babá Domingo sobre sus nombres. El amo Juan Vicente había querido llamarlo Santiago, pero el padre Félix, que era su tío y padrino, insistió en bautizarlo Simón.



—Simón, Simoncito —lo llamé con ternura, acariciando sus cabellos negros y rizados.

—También lo bautizaron con el nombre de la Santísima Trinidad —me recordó la negrita Matea—. El padre Félix dijo clarito: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios —repitió orgullosa de haberlo memorizado y luego preguntó por qué los blancos tenían nombres tan largos.

—Pues porque poseen mucho. Son dueños de tal número de posesiones que necesitan un nombre extenso, como una canoa, para cargar con todo. En cambio los negros solo llevamos nuestra alma a cuestas.

Mi broma la hizo reír y yo le conté que pensaba llamar a Simoncito con el apodo de Trinitario. Ella pensó que me refería a su nombre de la Santísima Trinidad.

—No. Es por los elementos... los espíritus que llevan dentro: Tierra, Fuego y Agua —repetí las palabras con lentitud. Apenas terminé de decirlas sentí un escalofrío de emoción—. ¡Agua! ¡El agua es lo que une a Simoncito a la diosa María Lionza y es por eso que comparten el mismo mes! —exclamé en voz alta, pero me callé al ver la mirada de susto de Matea.

—Hipólita, si te escuchan... —empezó a reclamar Matea. El terror que sentía era bien fundado; mezclar las antiguas creencias con la cristiana no solo estaba prohibido, sino que cualquier acto pagano merecía por lo menos cien latigazos.

—Tú no te preocupes, negrita Matea, que nadie nos oye —expliqué con pena de ser la causante del miedo que brillaba en sus ojos.

A pesar de mis palabras tranquilizadoras, Matea se estremeció y Simoncito despertó llorando.

Ella lo pasó a mis brazos para que lo llevara donde doña Inés Mancebo, una buena amiga de mi ama que lo amamantaba. La pobre había parido a una criatura muerta, mientras que el ama María de la Concepción había quedado muy débil para darle de lactar.

—Lo que no sabes tú es que doña Inés aún no ha regresado —contó Matea con la satisfacción de demostrarme que ella conocía algo que yo ignoraba—. Se fue a rezar el rosario en la catedral. Lo sé porque me pidió que cargara su reclinatorio, pero el ama me ordenó que te buscara. Yo sabía que te encontraría en este lugar... ¡y con Simoncito! —me acusó con su mirada.

—Aunque abrieran la puerta y entraran, solamente hallarían el altar de Santa Bárbara y no está prohibido rezar a los santos, negrita Matea —le dije con un guiño.

—Pero nos castigarían por traer a un bebé tan chiquitico a un sitio tan feo y viejo, lleno de telarañas, ratas, ratones, murciélagos, arañas... —comentó, buscando razones exageradas para sus reproches.

Matea se levantó de la hamaca. Estiró los brazos delgados y gráciles sobre su cabeza y bostezó.

Le estaba diciendo que parecía una gata desperezándose cuando la puerta del cobertizo se abrió de golpe y la silueta de un hombre cubrió la luz del atardecer.

—¡Ajá! ¡Te encontré, Hipólita! ¡No podrás negar que estabas haciendo brujerías! —Sus palabras saltaron encima de nosotras como víboras en busca de su presa.

Capítulo II

18 El hombre deliraba con media pierna fuera del lecho, los ojos desorbitados y la boca arrojando una baba sanguinolenta cada vez que tosía. En medio de su delirio le insistía a su mayordomo, un negro alto, bien formado, de insólitos cabellos rojos y aun más insólitos ojos azules, que hiciera las maletas para subir a una goleta y marcharse de aquella tierra donde no los querían.

—Este mismo momento las hago, mi general. Este mismísimo momento; pero ahora se me acuesta y se queda tranquilito mientras voy a arreglar todo para el viaje —repuso José Palacios con la acostumbrada paciencia que lo ayudaba a sobrellevar aquellos últimos días.

—Aquí no nos quieren —repitió el hombre—. No, no nos quieren. El mar me espera para llevarme en sus olas por un camino hacia playas de paz. Demasiado me ha torturado esta tormenta estrellándome contra las rocas de la incompreensión. La tormenta, José, la tormenta creada con el encono y la ingratitud de quienes me juraron amistad un día para arrebatármela después utilizando la calumnia, ¡carajo!

José se sentó en el sillón de terciopelo rojo a un lado de la cama y suspiró aliviado. Su general había salido del

delirio; cuando empezaba a utilizar palabras soeces era porque regresaba a la realidad.

El hombre tosió tapándose la boca con la palma de la mano, que le quedó manchada de sangre. De inmediato la cerró en un puño, volvió a soltar un carajazo y pidió con señas que José le pasara la escupidera; pero José se había adelantado y ya la tenía lista bajo su barbilla. Durante los últimos meses podía predecir cuándo su general iba a sufrir esos accesos de tos que lo sacudían con la furia de un vendaval.

—Quiero darme un baño. Prepara la tina —pidió apenas pudo hablar otra vez. La voz emergió seca, sin entonación, como si el poco aire que podía respirar se hallara prisionero en las profundas cavernas en que se habían convertido sus pulmones.

José fue al cuarto de baño contiguo al dormitorio. Tapó el sifón con un trapo, se aseguró de que todo estuviera en orden y fue a la cocina. Agarró dos baldes y salió hacia el pozo que había en medio del huerto. Empezó a bombear el agua, que brotó en chorros intermitentes. Llenó un balde, luego otro. En la cocina de nuevo, vertió el agua en tres ollas grandes que estaban sobre la estufa de leña. Todo lo había realizado con precisión y rapidez. Sabía que de no tener el baño listo a tiempo su general saldría a buscarlo, aunque fuera arrastrándose. Abrió la rejilla donde se quemaba la madera. Unos pocos carbones encendidos se burlaron de su urgencia. Lanzó una maldición. Recogió un puñado de astillas de una canasta con leña que había junto a la estufa. José arrojó las astillas en los carbones y sopló hasta que aceptaron el banquete y soltaron eructos de llamas del mismo color rojo anaranjado de su cabello. Después escogió cuatro leños para mantener vivo el fuego.

Mientras tanto, en el dormitorio el hombre se incorporó en el lecho. Buscó debajo de la almohada la gorra de seda verde que llevaba últimamente en su cabeza rapada y se la enfundó hasta las orejas. Con gran dificultad colgó las piernas al filo de la cama. De alguna manera, el hecho de que sus pies no tocaran el suelo le recordó su infancia. Una sonrisa triste se coló en sus labios pálidos. Se deslizó sobre el colchón empujándose con las manos.

20 —Voy a ponerme de pie, porque así lo deseo —resopló mientras su pecho se agitaba.

El hombre se puso de pie con los pies separados, como hacen los marineros para mantener el balance en las cubiertas de los barcos. Por un momento osciló adelante y atrás, pero su voluntad de hierro mantuvo erguida la percha humana de huesos y piel colgante en que se había convertido su cuerpo.

Dio unos pasos hacia la consola y se plantó delante del espejo ovalado. Con una mano temblorosa inclinó el espejo. Notó que los pies eran lo único que permanecía igual (y eso, porque siempre fueron pequeños) ya que todo lo demás se había reducido de tamaño, incluso las rodillas. Decidió subir la mirada y ver las dos protuberancias óseas como nudos en medio de las escuálidas piernas. El vientre le colgaba igual que bolsillo de mesero, el pecho hundido se sostenía en las garras en las que se habían convertido sus costillas; el cuello, un tubo angosto por el que subía y bajaba su nuez cada vez que tragaba, seguramente orgullosa de aún desempeñar su trabajo. Los labios, que podían haber sido hermosos cuando reía, estaban tirantes y morados. Los separó para ver los dientes. ¡Ah! Los dientes estaban iguales: blancos y perfectos. Las mejillas arrugadas, sin brillo ni color,

parecían de papel. La nariz se veía enorme en medio del estrecho rostro, y las fosas nasales, dilatadas al máximo para permitir el paso del aire, dejaban asomar los vellos secos y pajosos como pelo de choclo. Los ojos negros... los ojos tenían el brillo de pozos de agua a punto de desbordarse.

—¿Por qué los seres humanos nos tenemos lástima al vernos destruidos físicamente en vez de sentir orgullo de haber completado el ciclo de la vida, cualquiera que ese ciclo haya sido? —el hombre se preguntó a sí mismo hablando despacio, pues había descubierto que si hablaba de aquella manera después de un ataque de tos evitaba una rápida recaída—. Uno se muere cuando y donde debe morir, carajo. —Meneó la cabeza. Luego recordó que decían que los elefantes viejos buscaban un lugar donde morir. Esto lo hizo pensar en los leones y se preguntó si harían lo mismo. Luego apareció en su mente la imagen de un león con las patas delanteras levantadas, en posición de ataque. El león ibérico que él había vencido desde el gran Orinoco hasta las alturas del Potosí.

Aquel hombre se llamaba Simón, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios.

El Libertador Simón Bolívar, y también el presidente y el dictador, títulos que había aceptado con una sola idea en la cabeza: la unión. La unión de las naciones del continente donde nació. Se había preparado para convertirse en todo lo que necesitaran de él, en todo lo que sirviera para unirlos, todo menos ser emperador.

—El león ibérico —sentenció con ironía—. El león ibérico al que combatí y derroté ahora me da posada mientras mis amigos me ignoran y mis enemigos me difaman.

Simón se encontraba hospedado por don Joaquín de Mier, un español de cepa y antiguo realista, en su finca La Florida de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta.

José Palacios llegó para anunciar que la tina estaba lista para el baño.

—Si hubiera sabido que usted ya estaba en pelotas, mi general, sin importarle el viento que entra por esta ventana, no me habría apurado tanto —se quejó José cubriéndolo con una gran toalla turca de algodón—. Vamos, vamos, mi general, antes de que se enfríe el agua.

22

Pero Simón se sentó en el sillón con deseos de conversar.

—¿Te das cuenta, José, que durante estos cinco meses he venido recogiendo mis pasos por todos los lugares donde antes fui recibido como héroe?

—No diga eso, mi general. No ha recogido los pasos ni nada de eso. Hemos estado de viaje, eso es todo, y ahora estamos esperando a poder embarcarnos a Jamaica —contestó presto José, frunciendo el entrecejo.

—No me vengas con vainas, José, sabes que tengo razón. Desde el 8 de mayo, cuando abandonamos Santa Fe, cruzando por las calles secundarias por el temor que tenían mis edecanes de que me asesinaran y por delicadeza, para que yo no viera las paredes pintadas con insultos contra mí, empecé a recoger los pasos, que es lo que hacen las ánimas antes de morir. La diferencia es que yo lo hice de esqueleto y a caballo.

—Ya verá cómo se mejora, mi general, ya verá. No es bueno nombrar a la huesuda antes de tiempo, mi general —insistió José, tratando de mostrarse alegre.

—Como mentiroso eres un desastre, José. Ahora también vas a decir que el último grito de adiós que escuché no

fue Longanizo. —Simón lo atravesó con la mirada y José bajó la suya.

Longanizo era el mote que daban a un loco que se creía soldado y vagaba por las calles de Santa Fe de Bogotá vestido con una deslucida casaca militar. En los últimos tiempos, los enemigos de Simón se habían propuesto llamarlo así para humillarlo.

—Doña Manuelita le mandó un beso volado, mi general, mientras hacía que su caballo se encabritara. ¡Qué dama para jinetear! —cambió la conversación José, pero su general se puso aún más triste.

—Me temo que fue nuestro último adiós, José. Y cuando hablas de una mujer que sabe cabalgar, se dice “amazona”. —Simón repitió para sí la palabra y sintió que la tristeza se le desbocaba en el corazón.

Manuela había salido a la Sabana, al sitio llamado Las cuatro esquinas, para despedirse con la mano desde lejos. Se quedó allí hasta que el último húsar de los cien que componían su comitiva hubo pasado.

—Guaduas, Honda, Mompo, Puerto Real, Tenerife, Barranca Nueva, Turbaco, Cartagena. Ah, acompañados por la selva del Magdalena, el río más hermoso del mundo —mencionó con nostalgia los nombres de las poblaciones por donde habían ido—. ¿Crees que debí haber aprovechado y embarcarme entonces en Cartagena hacia Jamaica? —Simón miró el techo al hacer la pregunta.

Pero José no iba a caer en la trampa.

—Hizo bien, mi general. Le habían dicho que el general Urdaneta planeaba un golpe de Estado en Santa Fe para que usted regresara.

23

—Sin embargo, no cedí a la tentación —asintió Simón gustoso.

Después preguntó a qué hora llegaba el doctor Alejandro Reverend, y el otro, el doctor americano que se encontraba a bordo de un barco de los Estados Unidos. José le dijo que no recordaba el nombre y volvió a insistir que mejor se bañara antes de que el agua estuviera fría.

—Doctor Night, se llama Night. ¿Sabes lo que significa *night* en español, José? —lo interrogó Simón levantándose de la silla.

José negó con la cabeza.

—Significa “noche”. ¿No crees que es un poco simbólico que se llame así, ahora que yo estoy en el ocaso de mi vida? Dicen que un hombre llega al ocaso de su vida cuando ha envejecido, ¿y luego del ocaso no viene la noche? Entonces la noche significa muerte.

José comentó que tener cuarenta y siete años no era ser viejo; que él había tenido un bisabuelo que murió teniendo más de cien años, eso sí era ser viejo.

—¡Con las vainas que sales! —dijo Simón cálidamente—. ¿De dónde te viene esa labia? Por tu pelo y tus ojos, seguramente tienes sangre inglesa, escocesa o irlandesa... o española —agregó mirándolo fijamente.

José asintió con la cabeza. Aquella conversación la habían tenido muchas veces durante su vida, tantas que él sabía de memoria lo que seguía a continuación. Era como si su general se sintiera fascinado con la idea del mestizaje, de la mezcla de culturas en aquellas tierras de indios, negros y blancos.

—¿Qué dices a eso, ah, José? —preguntó Simón interesado.

—Puede que tenga abuelos y bisabuelos ingleses, irlandeses o españoles, mi general. Nunca lo sabré con certeza. Pero, por otro lado, tengo la absoluta seguridad de que mi madre, mis abuelas y tatarabuelas, es decir, todas las mujeres en mi familia, eran negras.

—Hipólita, a quien considero no solo madre sino padre y madre para mí, es negra —dijo pensativo Simón—. Así se lo expliqué a mi hermana María Antonia en una carta que escribí para que cuidara de ella, sobre todo al saber del problema de la casa, que intentaban quitársela.

José conocía a Hipólita de toda la vida, incluso antes de entrar al servicio de su general, cuando tenía dieciocho años y su general veinticuatro. Su familia era parte de las propiedades de doña Concepción Palacios y Blanco, y era costumbre que los esclavos llevaran el apellido de sus amos, así que el suyo era Palacios.

—¿Y la negrita Matea continúa con María Antonia? ¿Podríamos arreglar para que vinieran a verme? Quiero verlas, José. Pídeles que vengan. Dile a mi madre Hipólita que necesito que esté aquí —urgió Simón en un tono que bordeaba la histeria, señal de que la fiebre había vuelto a subir.

José no mencionó que Hipólita estaba enferma. Los sesenta y siete años le habían caído con un reumatismo que no la dejaba moverse.

—Vamos, mi general, vamos, métase en la tina.

Simón se hundió completamente en el agua.

José no se asustó al verlo. Sabía que por alguna extraña razón su general podía permanecer debajo del agua más tiempo que nadie que él conociera.